Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

"Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos,
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente,
El orbe á tí se postrará obediente."

Cesaron de los coros los acentos
Que á intervalos el eco repetia,
Y vagos se extendieron por los vientos
Derramando dulcísima armonía.
Los altos cielos al prodigio atentos
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Sólo el monstruo gimió de la venganza.

Las Escuadras angélicas cercaron
Á Jesus, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas.
Al encumbrado empíreo penetraron,
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

Á los muros entró la pompa augusta,
Y la vision al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el espacio se oscurece.
El alma santa, que amorosa y justa
Á los ojos de Dios tanto merece,
Que alcanzó mi perdon, Elisa bella,
Sola quedó cual vespertina estrella.

AUSENCIA DE ELISA

Extática la ví, y á par sumisa
De los cielos beber la luz fulgente,
Despues envuelta en esplendor y en risa
Miróme y ausentóse de repente.
¿A dó vas? ¿á dó vas, amada Elisa?
Ven en mi auxilio, ven, clamé doliente:
No te alejes, y ocultes tu hermosura....
Dije así, y se cerró la noche oscura.

Densa niebla me estrecha y me circunda,
Y sombra de amargor y de recelo,
Largo llanto mis párpados inunda
Privados de la gloria y luz del cielo;
Y me hallo ausente en soledad profunda,
Sin la que fué mi escudo y mi consuelo,
Y al ausentarse me dejó en despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Recuerdo entónces de mis tiernos años,
Las dulces horas con placer corridas,
Cuando fueron mis plantas sin engaños,
Por la materna mano dirigidas.
¡Qué de yerros despues, qué grandes daños!
¡Qué de estériles lágrimas vertidas!
¡Cuántas veces con soplo turbulento
Abrasó el infortunio mi contento!

Y recuerdo aquella hora venturosa,
Orígen de mi amor y mi alegría,
En que tu talle ví, tu faz de rosa
Llena de timidez, Elisa mia;
Y luégo aquella en que tu voz graciosa
En las aras juró que me queria,

Nuestras almas dejando enamoradas,
Con afecto dulcísimo enlazadas.

El áspero sendero de la vida
De flores, por tu mano, ví adornado,
Y tambien en la tumba, tan temida,
El árbol de esperanza ví plantado :
Arbol que elevará su copa erguida,
Con nuestras mutuas lágrimas regado,
Y defendido con cuidados tiernos
Vencerá del sepulcro los inviernos.

Símbolo bello de tu amor precioso
Protegido de tí dará sus frutos,
Y con tu influjo rendirá copioso
De mi arrepentimiento los tributos ;
Hasta que en otro mundo más hermoso,
Mis ojos de llorarte nunca enjutos
Gocen, sedientos de tus claras luces,
La gloria accidental que tú produces.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA SE APARECE DE NUEVO AL ALMA, Y LA CONDUCE POR LAS REGIONES DEL ANTIGUO CÁOS Á LA PUERTA DEL INFIERNO

En pavorosa noche así gemia,
Ciegos los ojos, tímida la huella,
Cuando de pronto en la region vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos extensos descendia
Luciendo en las tinieblas como estrella,
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo.

Y la figura distinguí, gallarda,
Del númen que benéfico me auxilia,

Que entre peligros mi existencia guarda
Y defiende mi sueño y mi vigilia :
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus alas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado amor la antorcha enciende.

Cuando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prision la ciña,
Todo lo olvida el ánima inocente,
Ingenua y candorosa como niña :
Sus conceptos expresa balbuciente :
Tímida los objectos escudriña ;
Ó ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda :

Pero entónces el Númen misterioso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina y solícito la ampara.
Éste, que me dirige cuidadoso,
Á mí volvió benévolo la cara,
Y trabando mi mano de su mano
Me habló, como el hermano habla al hermano—

"Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado :
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
Á tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

"Y hora que el Juez supremo te destina
Á recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos, que lo reduzcan á sosiego,

Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

"Ven, pues, y con valor y fuerza entera
Á ver el hondo Abismo te apresura." —
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Conmigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz, desaparece.

Al esplendor templado, que derrama,
Del antiguo Caos vi los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos.
Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservó los elementos
Con que al morir este orbe ya infecundo,
Edifique otros cielos y otro mundo.

Sobre una mole peñascosa y basta,
Armado un Númen de bruñido acero,
Las iras templa y el furor contrasta
De aquel abismo tenebroso y fiero:
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fúlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados,
Braman ante sus piés encadenados.

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebataran en su vuelo
El mar, la tierra, la extension del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo;

Y á la obra del Señor aniquilada
Sucediera el imperio de la nada.

Allá en antros eternos sepultados
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes:
Allí de modos mil eslabonados
Los futuros se inician contingentes;
Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

Un desierto despues miré espantoso
Con charcos y con hielos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso,
Yerma region de lágrimas y olvido:
Un rio lo atraviesa silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido:
La tristeza con llanto interminable
Crece y aumenta el curso miserable.

Descúbrense de allí los altos montes
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento.
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando á las rocas del cimiento,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

EL ALMA ACOMPAÑADA DEL ÁNGEL DE LA GUARDA VISITA EL INFIERNO — PINTURA DE ESTE LUGAR

La mano del Eterno me dispuso
Antes que cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso
Al dolor y tormento preparados,

Dó en perpetuo gemir vivia recluso
El bando de los réprobos malvados :
La dulce compasion aquí no alcanza :
DEJAD LOS QUE PASAIS TODA ESPERANZA.

Estas palabras ví con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé sucinta
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color extinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazon, y un hielo frio
Cuajó mi sangre, encadenó mi brio.

Volviera atras la temerosa planta
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Ángel tutelar, con mano santa
No me tuviera en aquel trance quedo :
Mi contristado espíritu levanta,
Y signando mi frente con el dedo,
Al mismo Infierno me volvió invisible,
Y á su fuego y ardores impasible.

Pasé asombrado la terrible puerta,
Y una ancha escala bajé, tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa :
Desciende en vueltas mil, y deja abierta
Entrada á una caverna pavorosa,
Do empiezan del Infierno las regiones,
Y sus senos de horror, y sus prisiones.

Jamas, tierra infeliz, en tí se anida
El ave tiernamente enamorada,
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni ménos en tus sombras fué sentida
La voz de esposo, ni de esposa amada,

Que expresa con recato, entre caricias,
De una casta pasion blandas delicias :

Mas sólo de la rabia, y las injurias
En tu ámbito letal suena el acento,
De la culpa salaz hijas espúrias,
Hermanas del atroz remordimiento.
Yo vi en tu seno las terribles Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
Romper con duros brazos despiadados
El negro corazon de los malvados.

Ví allí à Nembrot, por su soberbia loca,
Ligado con cadenas diferentes
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor, de ascuas ardientes :
Espumas derramaba de la boca.
Volvia los ojos y crugia los dientes,
Expresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

Al Rico Avaro ví, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazon de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero;
Y en castigo á su culpa merecidó
Alzar en vano el grito lastimero,
Miéntras de sus hundidos ojos brota
El llanto de dolor, gota por gota.

Ví de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrompida materia y sangre tibia,
Que mil gusanos recogian hambrientos :
Parece á veces que su mal alivia
Y que cierra sus ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama
De repente en sus carnes se derrama.

¡Cuánto castigo, oh Dios, cuánto suplicio,
Cuántas nuevas maneras de rigores
Ví en aquel triste y doloroso hospicio,
Dó siempre morarán los pecadores!
Duras cadenas, áspero ejercicio,
Rígidos hielos, férvidos ardores,
Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
¡Y nunca ver el apacible cielo!

Hay en aquellos campos una fuente
Que turbia nace entre cavernas hondas,
Y allí penando innumerable gente,
Atascada en sus márgenes hediondas:
En accesiones de una fiebre ardiente
Beben los tristes las dañosas ondas;
Hínchanse, se corrompen, y entran luego
En rabioso delirio sin sosiego.

Bajan las aguas lentas y pesadas
Á formar en un valle un lago extenso,
Que á un lado ciñen rocas escarpadas,
Al otro un bosque pavoroso y denso:
La arena de sus playas abrasadas
Cubre de sierpes mil número inmenso:
No la ancha Libia, fértil en venenos,
Vió con más sierpes sus desiertos llenos.

Donde quiera la planta temerosa
Con abrojos y víboras tropieza:
En unos, picadura dolorosa
Castiga la desidia y la pereza:
En otros, mordedura venenosa
La presuncion altiva y la aspereza:
El aire corrompido, donde toca,
Comprime el pecho, el corazon sofoca.

Un fugitivo en una senda estrecha
Buscaba amparo bajo el bosque umbrío,

Cuando un dragon horrible, que lo acecha,
Al encuentro salió contra él, bravío:
Lo oprime entre sus garras y lo estrecha,
Lo hace gemir con doloroso ahoguío:
Su venenoso aliento en él infunde,
Y aquel sér en su sér une y confunde.

Sepáranse despues el hombre y fiera
En un círculo de humo dilatado.
Quedando aletargada la primera
Y de su piel el hombre despojado:
Una nube de tábanos ligera
Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado
Castigando, violentos é insaciables,
Al que robó á los pueblos miserables.

Guerreros miré allí, conquistadores,
Del bosque por las ramas suspendidos,
Sufrir de un vivo incendio los ardores,
De inflamadas materias revestidos;
Y en tanto que publican sus dolores
Con agudos lamentos y alaridos,
Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
Quema los troncos y la arena abrasa.

Interminable série de cavernas
Abiertas de la playa en rocas duras,
Prisiones asperísimas y eternas
Donde penan las ánimas impuras,
Brillan con rojas llamas sempiternas
Entre las sombras del abismo, oscuras:
La triste luz de sus ardientes fraguas
Refleja á trechos en las muertas aguas.

De sus breves placeres arrancado
Exclama un pecador: ¡ay triste! ¿donde
Me encuentro! — EN EL INFIERNO CONDENADO —
Una voz misteriosa le responde.

Otro, por largos siglos abrasado
En el fuego y el humo, que lo esconde,
Pregunta con despecho : ¿qué hora es ésta?
Y aquella voz — LA ETERNIDAD — contesta.

¡Oh Eternidad terrible y espantosa,
Duracion para el hombre incomprensible!
Sola tú te levantas poderosa
Contra el tiempo y sucesos, invencible :
De encima de tu mole portentosa,
Más alta que la máquina visible,
En regiones tranquilas y serenas
Con sublime mirar, todo lo llenas.

Las corrientes del tiempo asoladoras
Se agolpan de tu trono á los cimientos,
Sin que basten sus ondas rugidoras
Á mover tus perpetuos fundamentos :
Las edades del mundo son tus horas,
Los dilatados siglos tus momentos,
Todo se hunde á tus piés, todo se abisma,
Y eres perpetua tú, siempre la misma.

No llegan á tu oido inexorable
Los ecos del dolor y el blando ruego :
La dicha de los justos inefable
Ves con serenidad y con sosiego :
Debajo de tu trono perdurable,
Abismada en sus cárceles de fuego
El ánima infeliz, de tí no alcanza
Un rayo de consuelo y de esperanza.

Que mucho, que entre llamas y prisiones
Con rabia y con furor clame el precito —
"¡Perezca el dia de llanto y de aflicciones
En que nací á la culpa y al delito!
¡Malditos sean, oh libertad, tus dones!
¡Detesto de la vida el don maldito!

¡Montes, que me escuchais, venid encima :
Vuestra mole mi sér hunda y oprima!"

No de otra suerte la enjaulada fiera,
Entre cadenas y dobladas barras,
En vano se fatiga y desespera
Por romper de su cuello las amarras :
Ruge desesperada y altanera,
Esgrime los colmillos y las garras,
Aumentando la rabia, que la aqueja,
El inútil furor con que forceja.

Entre nublados cárdenos y frios,
Al impulso veloz de airado viento,
Vi agitados espíritus sombríos
Pasar á otras regiones de tormento :
No lleva de los árboles umbríos
Más hojas, en otoño turbulento,
El sañudo aquilon con negras alas,
Despojando las selvas de sus galas :

Ni vuelan en más número tendidas
Por el aire las aves en hileras,
Cuando á nuevas regiones dirigidas
Ven de lejos las húmedas praderas.
Apénas unas turbas son cogidas
Cuando otras turbas cubren las riberas,
Que aquel viento infernal traslada presto
Con repetido soplo al lado opuesto.

Al fin del muerto lago cenagoso,
En sus aguas pesadas y sin vida
Se espeja, con aspecto pavoroso,
Del Dite la ciudad, toda encendida;
Sus torres de metal ferruginoso
Y su extensa muralla incandecida
Con espantosa luz brillan de léjos,
Lanzando entre las sombras sus reflejos.

Iguales entre sí sus varias partes
Se levantan con tosca simetría,
Coronados sus muros y baluartes
De gruesa y formidable artillería :
Allí de destruccion todas las artes
Sostienen de Luzbel la tiranía;
Y el que era liberal ante el Eterno
Es déspota y tirano en el Infierno.

Son sus guardias Espíritus guerreros,
Gigantes contra el cielo rebelados,
Cuyos semblantes hórridos y fieros
Por el rayo de Dios se ven sulcados :
Armados de corazas y de aceros,
Negros como la noche : despechados :
Prontos á la venganza y los arrojos,
Terrífico fulgor lanzan sus ojos.

De la ciudad en medio se levanta,
Sobre cuadrada forma, un edificio,
Que en altura á los otros se adelanta,
De ruda construccion y órden egicio :
Cuatro plazas se extienden á su planta
Destinadas al bélico ejercicio,
Y en ellas, peristilos dilatados
En columnas de Pesto sustentados.

De la maciza mole sobre el centro
Una cúpula inmensa se descubre,
Que atrevida se eleva, y á su encuentro
Flotante niebla su remate encubre :
Vestida de labores por adentro
El solio de Luzbel defiende y cubre,
Y en la extension del liso pavimento,
Bajo rico dosel alza su asiento.

Á la luz de una lámpara que brilla
Sola en aquel lugar, Luzbel sañudo

Se deja ver en poderosa silla,
Atlético en sus formas y membrudo :
Apoya sobre un brazo la mejilla :
Cobrizo de color, pecho desnudo;
Feroz es su mirada resoluta :
Torva su frente, su cabeza hirsuta.

Nunca se viera en lúgubre santuario
Para sangrientos ritos erigido,
Cuando media su curso solitario
La noche, envuelta en sueño y en olvido,
De mano de famoso estatuario,
Al brillar de una antorcha el rayo vivo,
Ante los ojos de aterrada gente,
Coloso más soberbio y más valiente.

NOTA

En la advertencia que precede á los Cantares, se ofreció poner aquí la licencia, que para la impresion de ellos y de los Salmos, dió el Sr. Vicario Capitular de este Arzobispado. En tal virtud, se inserta á continuacion, con el ocurso y dictámen que la motivaron.

Sr. Vicario capitular. — El que suscribe, ante V. S. como mejor proceda, dice : que habiendo hecho la adjunta traduccion parafrástica, en verso castellano, del libro de los Cantares y de algunos Salmos, pide á V. S. la haga examinar, y no resultando en ella (como espera) cosa contraria á la fe, buenas costumbres y reglas establecidas para las versiones de los libros santos, se sirva darle licencia de imprimirla, con arreglo á lo prevenido en las leyes vigentes de la materia.

Méjico, Octubre 27 de 1838. — *José Joaquin Pesado.*

Méjico, Noviembre 9 de 1838. — Pase á la censura del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, prebendado de esta Santa Iglesia. Así lo decretó y rubricó el Sr. Vicario Capitular. — R. Una rúbrica. — *Francisco Patiño*, secretario.

Sr. Vicario Capitular. — He leido detenidamente y con el mayor placer la version parafrástica, que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos hizo el Sr. D. Joaquin Pesado, y que V. S. sirvió pasar á mi censura.

Nada hallo en dicha version parafrástica opuesto á nuestra santa fe ó sana moral. No es esta la oportunidad de encarecer su mérito poético, y yo me alegro, porque

desluciria con mis elogios un mérito superior á todo encarecimiento (1).

Soy de parecer que puede V. S. servirse conceder su licencia para su impresion, con tal de que ántes de la publicacion de la obra se le pase un ejemplar, ó para satisfacerse de que no hay yerro tipográfico, que produzca una inteligencia equivocada, ó para si lo hay, y fuere sustancial, se salve en la fe de erratas. Tal es mi sentir, que someto al superior de V. S. como más acertado. — San Cosme, Noviembre 24 de 1838. — Sr. Vicario capitular. — *Manuel Moreno y Jove.*

Mejico, Diciembre 4 de 1838. — Visto el dictámen que antecede del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, prebendado de esta Santa Iglesia, concedemos nuestra licencia y facultad para la impresion de la version parafrástica que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos ha hecho el Sr. D. José Joaquin Pesado, en los términos que en él se contiene. — Lo decretó y firmó el Sr. Vicario capitular. *M. Posado.* — *Francisco Patiño*, secretario.

(1) Si alguna cosa pudiera hacer creer al traductor que su obra no estaba destituida de todo mérito, seria la favorable calificacion de una persona tan instruida y de tanto gusto como el Sr Moreno y Jove ; pero teme que en esta vez hayan pesado más en su ánimo su misma benevolencia y cortesanía, que los defectos ajenos.